

De: ZAPATOS VAGABUNDOS:

## En el juego de la vida

*Alfredo Bryce Echenique. Perú 1939. Su obra literaria se significa por su sentido del humor y la vivacidad narrativa que impregna a sus textos.*



Alfredo Bruce Echenique

Río Piedras, 24 de marzo de 1991

Mis queridos Maruja y Ramón:

Cuánta razón tenía—o, mejor dicho, tiene—aquel que dijo o escribió que a una persona educada para gustar le llega el momento de cumplir con un último deber: el de no disgustar. A este nivel, fue realmente ejemplo el caso de Greta Garbo. Murió sin morir nunca, por haber sabido retirarse a tiempo. Todas estas cosas que tan ridículas o absurdas pueden sonar en un primer momento, se confirman sin embargo de la forma más contundente y rotunda cuando comprobamos, a veces en un solo instante, que una persona bella y ausente de su belleza, al mismo tiempo, resulta tanto más hermosa que aquellas personas que ejercen su belleza.

El carnaval del mundo, como diría un tango, me llevó el pasado mes de febrero hasta el Club Caribe del Hotel Caribe Hilton de San Juan. La culpa fue toda mía pues fui solo y sabiendo, más que temiendo, lo que me esperaba. Indudablemente, traté de engañarme con eso de que quería escuchar al trío Los Panchos in situ, o sea en cualquier lugar situado a orillas del mar Caribe. Años atrás, en Montpellier, recibí dos cassettes del célebre trío, del que ya poseía dos discos inolvidables: Los Panchos, Época de oro. Aquellos cassettes me los enviaba una lectora de Pamplona, con quien durante algún tiempo mantuve correspondencia, y francamente eran algo espantoso, algo así como el ejemplo perfecto de lo que es no saberse retirar a tiempo, cuando lo único que se ha sabido en la vida es gustar y entretener. De los inolvidables Panchos que han cambiado de primera voz y primera guitarra lo suficiente como para figurar en el Guinnes, creo, sólo quedaba Chucho Navarro, sin voz ya para cantar y sin nada más que vulgaridad para tratar de entretener a la gente entre dos canciones. Lo

que hice, entonces, fue comprar un par de cassettes, grabar en ellos mis dos discos de la Época de Oro del trío, y enviárselos a aquella cariñosa lectora. Hasta hoy recuerdo su extensa carta de agradecimiento, en la que al mismo tiempo se excusaba por haberme enviado a esos Panchos insostenibles que aún andan por el mundo. En fin, algo así me decía en una carta, tras haber sabido reconocer el sabor de la melcocha. Diez años después, o casi, los Panchos andan todavía por el mundo, dízque "celebrando cincuenta años en la canción".

En trío nació en Nueva York, en los primeros años 40. Chucho Navarro, recién graduado de médico en la Universidad de México, debutó en la música acompañando a su hermana Antonia Navarro. Junto a Felipe Gil y un guitarrista yucateco de apellido Ancona, organizaron posteriormente un trío. Luego, Alfredo Gil sustituyó a Ancona y tras montar un espectáculo de canciones folklóricas viajaron a Estados Unidos, donde fueron contratados por la CBS para intervenir en una serie de programas radiales. Terminado ese contrato, con la Columbia Broadcasting, Alfredo Gil decidió independizarse de su hermano Felipe. Entontes Chucho Navarro y Gil —a quien se le atribuye el invento del requinto— reclutaron al puertorriqueño Hernando Avilés. Surgió así el trío Los Panchos, el que se metió el mundo del bolero en un bolsillo, cantando "Caminemos", "Rayito de luna", "Dilema" y "No me quieras tanto", entre otras melodías que atravesaban fronteras y fronteras sin más pasaporte que el de una guitarra y una primera voz a las que Chucho Navarro solía agregarles sabia conducción y la alegría de sus bromas y comentarios. Era la época de oro, la única verdadera, la realmente inolvidable. Después partió el hoy ya fallecido Avilés y partió también Alfredo Gil, pero el trío se recompuso con la llegada de los puertorriqueños Hohnny Albino y Julito Rodríguez. También ellos se fueron, con el tiempo, y lo que queda hoy es un Chocho Navarro de 78 años de edad, acompañado por la primera voz de un tal Rafael Basurro Lara y un requintista que responde al femenino nombre de Gaby Vargas, en fin, Maruja y Ramón, lo que escuché la otra noche, en el Caribe Hilton de San Juan, fueron las mismas canciones y las mismas groseras bromas de los cassettes que, hace diez años o casi, había recibido en Montpellier. Ya no sonaban a óxido como entonces. Digamos que ahora estaban simplemente podridas.

Mil y una operaciones de cirugía estética le han dejado al pobre Chucho Navarro un inconfundible aspecto de mayordomo sucio. La voz la dejó sin duda en algún quirófano y su manera de modernizarse, de creer que está al día, consiste en soltar un rosario de groserías entre canciones de antaño realmente masabradadas por el trío de ogaño. Y, por supuesto, no puede faltar en el repertorio actual una canción que vienen repitiendo desde que empezaron a convertirse en la lamentable parodia del trío Los Panchos: "Barusa". Es cruel decirlo, pero la canción les viene de maravilla. ¿Qué pretenden hacer estos hombres con el trío Los Panchos?, me preguntaba esa noche al regresar a mi casa de Río Piedras. Lo que acababa de ver era una burla, un escarnio. Tal vez se burlaban de sí mismos con esa grotesca caricatura comentada con groseras bromas y chistes del peor gusto. Yo me sentía insultado, y hasta me felicítaba al comprobar que, al cantar algunos de sus otrora Inmortales boleros, les suprimían estrofas enteras, sin duda alguna para permitir que la patética ancianidad de Chucho Navarro llegara al final del concierto.

Pobre Chucho. Parecía un mayordomo cubierto de polvo. Polvo de estrellas lo hubiera cubierto si hubiera sabido retirarse a tiempo.

Bueno, y en esta tierra donde el bolero es rey, se anuncia ahora la presentación de otra vieja gloria, y en el campus de la universidad, nada menos: Leo Marini. Trataré de averiguar en qué estado anda antes de apuntarme. Meses atrás, en Madrid, apareció un Lucho Gatica convertido en una encarnación de la cirugía estética. Pero la voz no lo acompañaba ya... No. Se le recibió con cariño pero la voz no lo acompañaría nunca más. Todos nos consolamos al saber que era dentista y que ejercía.

Pero me queda todavía una sesión privada que puede resultar inolvidable. Luis Rafael Sánchez, autor de La importancia de llamarse Daniel Santo, me ha prometido presentarme a ese "monstruo" que cantaba arrojado el bolero "Perdón", mientras lentamente se alzaba el telón. Iremos a su casa a "tomarnos unos palos". A ese nivel, parece que Daniel Santos sigue vigente y que también, de vez en cuando, muy en privado y en voz muy baja, por si acaso, deja escapar algunos versos sobre "El juego de la vida...". Veremos qué pasa. Pero no sólo de boleros vive el hombre en Puerto Rico y me despidió a la carrera porque tengo que salir disparado a hablarle a mis muchachos de La tía Julia y El Escribidor.

Besos y abrazos de Alfredo.

P.S. De mis Carnets. "El humor no es lo contrario a lo serio. Es lo contrario de lo aburrido" (La verdad, no sé quién dixit).

